

ALDEA
LITERARIA

Soldado Paz

MICHAEL MORPURGO



**ALDEA
LITERARIA**

Soldado
MICHAEL MORPURGO **Paz**



Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Evelia Romano

Corrector: Mariano Sanz

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Coordinadora de Arte: Natalia Udrisard

Diagramación: Dinamo

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Morpurgo, Michael

Soldado Paz. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2013.

160 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria; 533)

Traducido por: Evelia Romano

ISBN 978-950-753-380-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Romano, Evelia, trad. II. Título
CDD 823

Soldado Paz

MICHAEL MORPURGO

Título original: *Private Peaceful*

© Michael Morpurgo, 2003

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-380-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



capítulo 1
Las diez y cinco

Con mi agradecimiento a Piet Chielens del museo In Flanders Fields en Ypres.

Aunque el título está inspirado en el nombre de una lápida en Ypres, esta novela es una obra de ficción. Cualquier referencia a personas reales (vivas o muertas), lugares específicos y sucesos históricos, es usada únicamente para darle a la ficción un contexto cultural e histórico apropiado. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes retratados en este libro son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para mi querida madrina Mary Niven.

Ya se fueron y por fin estoy solo. Tengo toda la noche por delante y no voy a desperdiciar ni un minuto de ella. No la voy a malgastar durmiendo. Tampoco la malgastaré soñando. No debo hacerlo, porque cada momento es demasiado valioso.

Quiero tratar de recordar todo, exactamente como fue, exactamente como sucedió. Tengo ya casi dieciocho años de ayeres y mañanas, y esta noche debo recordar tantos como pueda. Quiero que esta noche sea larga, tan larga como mi vida, sin sueños que la precipiten hacia el amanecer.

Esta noche, más que ninguna otra noche de mi vida, quiero sentirme vivo.



Charlie me está llevando de la mano, guiándome porque sabe que no quiero ir. Nunca antes usé un cuello duro y me está ahorcando. Siento las botas extrañas y pesadas en mis pies. También siento pesado el corazón, porque me da miedo el lugar adonde voy. Charlie me ha contado muchas veces lo terrible que es la escuela, sobre el señor Munnings y su temperamento iracundo y la larga regla para azotar que cuelga de la pared, encima de su escritorio.

Big Joe no tiene que ir a la escuela y yo creo que eso no es justo. Él es mucho mayor que yo. Es incluso mayor que Charlie y nunca ha ido a la escuela. Se queda en casa con mamá, y se sienta en su árbol cantando "Naranjas y limones"¹, riéndose. Big Joe está siempre contento, siempre está riéndose. Me gustaría poder sentirme feliz como él. Me gustaría poder quedarme en casa como él. No quiero ir con Charlie. No quiero ir a la escuela.

Miro hacia atrás, por encima de mi hombro, esperando una prórroga, que mamá venga corriendo por mí y me lleve a casa. Pero ella no viene, mamá no viene, y la escuela y el señor Munnings y su regla se acercan con cada paso.

—¿Caballito? —dice Charlie. Ve mis ojos llenos de lágrimas y sabe de qué se trata. Charlie siempre sabe de qué se trata. Tiene tres años más que yo, de modo que ha pasado por todo y lo sabe todo. Además es fuerte, y muy bueno para llevar a caballito. Así que salto sobre él y me agarro fuerte, llorando detrás de mis ojos cerrados, tratando de que no se escuchen mis gemidos. Pero no puedo contener mi llanto por mucho tiempo, porque sé que esta mañana no es el comienzo de nada, nada nuevo ni excitante como dice mamá que es, sino el fin de mi comienzo. Agarrado del cuello redondo de Charlie, sé que son los últimos momentos de mi vida en libertad, que no seré la misma persona cuando vuelva a casa por la tarde.

Abro los ojos y veo un cuervo muerto que cuelga de la cerca, con el pico abierto. ¿Le dispararon, le dispararon en pleno grito, cuando comenzaba a cantar, apenas entonaba su ronca melodía? Se balancea, con sus plumas todavía al viento a pesar de estar muerto, mientras su familia y sus amigos lanzan graznidos de dolor y rabia desde los altos olmos que nos rodean. No siento compasión por él. Podría haber sido él el que espantó a mi petirrojo y se llevó los huevos de su nido. Mis huevos. Había cinco, vivos y tibios bajo mis dedos. Recuerdo que los saqué uno por uno y los puse en la palma de mi mano. Los quería para mi lata, para soplarlos como lo hacía Charlie,

1 "Oranges and lemons" es una canción tradicional inglesa en la que se hace referencia a las campanas de varias iglesias de Londres y sus alrededores.

y acomodarlos sobre el algodón junto a los huevos de tordo y a los huevos de paloma. Pero algo me detuvo, me hizo dudar. El petirrojo me estaba mirando desde el rosal de papá, suplicándome con sus ojos negros y redondos sin pestañear.

Papá estaba en los ojos de ese pájaro. Debajo del rosal, bien abajo, estaban todas sus cosas queridas, enterradas en la tierra húmeda, llena de gusanos. Mamá había puesto la pipa primero. Luego Charlie puso a dormir sus botas con clavos una al lado de la otra, abrazada una con otra. Big Joe se arrodilló y cubrió las botas con la vieja bufanda de papá.

—Tu turno, Tommo —dijo mamá. Pero no pude hacerlo. Tenía en las manos los guantes que él había usado la mañana que murió. Recuerdo que recogí uno. Yo sabía lo que ellos no sabían, lo que nunca les iba a contar.

Al final, mamá me ayudó a hacerlo, de modo que los guantes de papá quedaron encima de su bufanda, con las palmas hacia arriba y los pulgares tocándose. Sentí que esas manos me conminaban a no hacerlo, a no pensarlo siquiera, a no sacar los huevos, a no tomar lo que no era mío. Y no lo hice. En cambio, observé cómo crecían, vi los primeros movimientos de sus pequeños esqueletos, el nido de picos abiertos, suplicantes, oí los chillidos frenéticos a la hora de comer. Demasiado tarde fui testigo, desde la ventana de mi cuarto, apenas despuntaba la mañana, del final de la masacre; los petirrojos padres miraban como yo, desesperados e indefensos, mientras los cuervos predadores levantaban vuelo riéndose a carcajadas, cumplida su misión asesina. No me gustan los cuervos. Nunca me gustaron. Ese cuervo ahí colgado de la cerca recibió su merecido. Eso es lo que creo.

A Charlie le está resultando difícil subir la colina que lleva al pueblo. Puedo ver el campanario de la iglesia, y debajo de él, el techo de la escuela. Tengo la boca reseca de miedo. Me agarro más fuerte.

—El primer día es el peor, Tommo —me dice Charlie, respirando con dificultad—. No es tan malo. De veras. —Cada vez que Charlie dice "de veras", sé que no dice la verdad.